



EPITALAMIO

A

CÁNOVAS ⁽¹⁾

DEJAD ¡oh Musas! que del cazo de oro,
del augusto mandil, y aun del birrete
blanco y nítido al par de la que cuaja
fúlgida nieve sobre el almo Olimpo,
me olvide un punto.

Permitid que trueque
de mis ritos los nobles atributos
por la cítara y plectro, á cuyos sonos

(1) *Plato del día en El Liberal*, 20 de Octubre de 1887.

modularé mi voz, mientras me ciñen
 vuestras manos de vírgenes fallidas
 rosas fragantes y perennes mirtos,
 cortados para mí junto á Hipocrene,
in tanti festi honorem.

No es mi empeño
 menos que el de cantar—si os place ¡oh Her-
 [manas!
 mi audaz empresa sostener solícitas,—
 el grato yugo á que rendida cede,
 obedeciendo al de Eros dulce empuje,
 la indomable cerviz del que hizo un tiempo
 mangas de España entera, y capirotes.

Las de Cánovas, sí, preciadas prendas
 con que hoy las aras de Himeneo brillan,
 festejar quiero en sonoros laudes,
 en vibrante y alegre epitalamio,
 en himno que resuene desde el Ática
 á las que Alcides erigió columnas.
 ¡Ni se detenga allí!

Trasponga en alas,
 de Eolo no, mas de la rauda Electra,
 el verde manto y líquidos abismos
 que encubren los despojos de la Atlántida,
 continente infeliz, pues la Fortuna
 privóle de alcanzar á don Antonio
 de oír su voz, de conocer sus versos,

y de admirarle en los negocios cívicos,
 do escurece á Solón y al gran Pericles.

Trasponga, digo, mares y montañas
 la fausta nueva, y sépase por todos,
 ora expriman en Cuba el dulce jugo,
 ora cacen el tigre allá en Hircania,
 ya junto al Polo con el oso luchen,
 ya con becerros en Vallecas lidien,
 cómo el feliz mortal—á quien envidian
 la paloma en su nido, y en las cumbres
 el águila de Jove—dió la vuelta
 á esta Atenas ilustre de Castilla,
 que tiene en el Retiro su Pireo
 y en la del Pío Príncipe montaña
 sin par é ingente Acrópolis.

¡No el mundo
 gire una sola vez sobre sus gonces,
 ni Febo alumbre por igual su esfera,
 sin que de ella en redor todos proclamen
 la dichosa llegada de ese Antonio,
 que por gentil, gallardo y remozado,
 más que Antonio, paréceme Antoñuelo!

Bello como Héctor, como Aquiles bravo,
 venciendo en robustez al de Crotona,
 y audaz como Jasón el argonauta
 —cual *La Correspondencia* nos lo pinta
 con vivísimos toques y matices

que envidiarían Zeuxis, y Parrasio,
y aun el divino Apeles,—así al héroe
vió llegar Mantua en matinales horas
del día consagrado al dios Mercurio,
de los conservadores guía y numen.

Tras del dragón flamígero moderno
que en curso majestuoso sobre férreas
y equidistantes barras se desliza,
adelantóse el carro, muy más digno
de admiración que el de esplendentes rayos
regido por Apolo el rubicundo;
descendió don Antonio, airoso, aligero;
gozó el suelo su huella luminosa,
y sonriente coro de amorcillos
alegró cielo y tierra.

Deslumbrada
la grey conservadora, prosternóse,
como ante Zeus las helenas turbas;
mas vuelta luego en sí, con voz unánime
lanzó á los ecos férvida protesta,
diciendo de esta suerte:

—¡No es el mismo!
¡Oh dioses inmortales, cuán cambiado
nos le devuelve Amor! ¡Grácil, esbelto,
fresco y arrebolado por la oculta
llama que aviva el soplo de Afrodita,
no es útil, no, para el austero tráfago
do Fabié y Campo-Grande le reemplazan!
¡No sirve, no, para regir el áspero
timón de la política trirreme!

¡Amar es su destino! Le perdemos...
pero ¡cuán dulces hados nos le quitan!

Y ya sobre su herencia echando suertes,
cual un tiempo á la muerte del insigne
caudillo macedonio, se disputan
el purpúreo manto—hoy convertido
en bata airosa para andar por casa,—
ora el Silvela de ático abolengo,
ora el Toreno que en Beocia triunfa,
ya el hirsuto Molins, hijo de Esparta,
ya el Raimundo gentil, dórico-jónico,
ó el corintio Pidal...

¡Lucha funesta
que hace tocar el crótalo á Romero!
¡Y hay que evitarla! El hijo de Filipo
cortó el de Gordio retorcido nudo,
y así Cánovas debe el de sus huestes
problema resolver. ¿Cómo? Es bien fácil...
Designando á Ramón, que es su *alter ego*,
y conoce el partido á maravilla,
y puede gobernar, no que á Daganzo,
sino á la misma Roma, como dijo
cierto autor inferior á don Antonio.

Esa es la solución. Antes que el cuello
rinda el grande hombre á la feliz coyunda,
ceda á Ramón las riendas autocráticas,

y opte no más por los gloriosos bienes
del tálamo nupcial, trono de dichas,
ante el cual deposito humildes flores
al són del plectro rudo.

Sí, hombre insigne;
cíñete á ser el vate entre los vates;
deja en paz al país; cierra tus puertas
á la triste ambición y sus combates,
y déjale al amor sus glorias ciertas.



HUESOS Y CENIZAS

—Y eso ¿con qué se come?— preguntará el curioso lector.

Véase el último acto de *Don Juan Tenorio*.

Ya sabrán ustedes lo de Atocha.

La famosa basílica va á ser echada abajo, porque hay que edificar otra á escape, á gran velocidad, á toda prisa; y esta prisa, ó, si se quiere, *prieta*, es tan urgente y apremiante, que la Intendencia de Palacio ha avisado á las familias de los hombres ilustres cuyos restos se guardan en aquel templo, disponiendo su traslación en el angustioso plazo de cinco días.

No hay en este país profesión más intranquila, incómoda é insegura que la de cadáver ilustre.

Ni tarea en que más se distingán nuestros poderes, que la de levantar muertos.

Cuando no los levantan en las "chirlatas," electorales, los traen y llevan de acá para allá, como arquilla de turroneo en feria.

Y cuando no saben qué destino dar al muerto que levantan, le dan un destino en la policía.

Sí, señor, en la policía. En otra sección de este mismo número de *El Liberal*, podrán ustedes ver que ha sido nombrado sub-inspector de vigilancia del distrito de Buena vista, ¡nada menos que don Pedro Calderón de la Barca!

Pueden, pues, tranquilizarse los insignes difuntos á quienes se arroja de Atocha. No les faltará colocación.

A Castaños le daremos una plaza de guarda del Retiro; á Prim lo haremos cabo del resguardo, y á Concha alguacil del Ayuntamiento.

Palafox, el inmortal defensor de Zaragoza, saldrá peor librado, porque no tiene influencias, ó aldabas—como dice el vulgo.—De todos los muertos de Atocha, Palafox es el único que no tiene en Madrid pariente alguno que se encargue en el acto de trasladar á otro sitio sus venerandos restos.

Gil Berges, diputado por la capital de

Aragón, ha dicho en el Congreso: "Yo cargaré con el muerto, si es menester. No tengo reparo alguno en encargarme de las cenizas del héroe aragonés y llevármelas á Zaragoza."

Y hará muy bien Gil Berges en llevarse las; y harán mejor los zaragozanos en quedarse definitivamente con los restos de su antiguo General, y en no exponerlos de nuevo á las caprichosas resoluciones del patronato regio, ó de cualquier otro patronato... de huéspedes.

Aunque metan los zaragozanos á Palafox en los sótanos del Pilar—como ya indiqué á propósito de los restos de Goya,—siempre estará allí mejor que aquí.

Al menos, se le alejará del zarandeo y traqueteo que amenaza á los restos de Castaños, Prim, Concha y demás españoles célebres que "descansan," en Atocha.

¡A cualquier cosa se le llama descanso!

Los vivos tenemos que saludarnos unos á otros todas las mañanas con esta pregunta archiespañola:

—¿Estamos seguros?

Ni aun muriéndonos, estamos libres de esta duda cruel; porque aunque nunca he sido difunto—y mucho menos difunto célebre,—me consta que en los cementerios é iglesias todas las mañanas corre también

esta preguntilla, de nicho en nicho y de tumba en tumba:

—Vecino, ¿está usted ahí todavía?

Dícese, acerca del derribo de Atocha y del incidente habido en el Congreso, que se va á explicar una interpelación; que intervendrán en ella famosos oradores; que quizá se organicen manifestaciones públicas de protesta y de disgusto...

Si esas manifestaciones llegan á organizarse efectivamente, la inscripción más oportuna para los estandartes y banderas será ésta:

¡INAMOVILIDAD MORTUORIA!

He ahí un principio que no deben rechazar los políticos hábiles... Al partido reformista, por ejemplo, le vendrá muy bien para enriquecer su programa.

Lo dicho. No hay en este *desgraciado país*—trágica frase del pesimismo de café—profesión más intranquila, insegura é incómoda, que la de difunto ilustre.

Ni palabras más irónicas y frías que las



de *descanse en paz*, cuyo cristiano deseo y sentido será preciso cambiar por este otro apóstrofe, más profano, pero más práctico:

—*Las traslaciones te sean leves.*

Aquello de la "última morada," hay que relegarlo ya al olvido; y como no es posible averiguar si la sepultura en que depositamos á un difunto será la penúltima ni la antepenúltima en que yazga, tendremos que decir: "Los restos de D. Fulano de Tal han sido trasladados á la primera de sus últimas moradas."

Y así como Argensola llamó al sueño

imagen espantosa de la muerte,

habrá que llamar á la muerte de que se "disfruta," en nuestros inquietos tiempos

imagen intranquila del insomnio.

Marzo de 1888.





EL REY DE SUECIA

¿Cuándo tendrán los buenos y honrados vecinos de Stockolmo la singular dicha de contemplar cara á cara á un rey de España?

Hágase esta pregunta todo fiel dinástico; medite bien la respuesta, y cuando se haya convencido de lo difícil del caso, lance un hondo suspiro y envíe la estabilidad de las instituciones suecas, que permite á un monarca ir y venir por el mundo sin que la paz del país se altere ni los trastornadores del orden se atrevan á aprovechar la ocasión, como acontecería—

¡lastimoso contraste! — en otras naciones que jamás aciertan á perder de vista á sus monarcas.

Verdad es—porque no hay mal que por bien no venga—que estos obstáculos que aquí se oponen á las ausencias recreativas de los reyes deben parecer obstáculos benditos á los monárquicos fervientes, pues merced á aquéllos no se ven éstos privados ni un instante de la presencia majestuosa de su señor, como ocurre hogaño á los leales cuanto infelices suecos; pero semejantes ventajas no rezan con nosotros, pícaros y maleantes descreídos, á quienes se nos convencería mejor acerca de la solidez de lo existente con un buen viaje de la reina y su hijo por Suecia y Noruega, que no con esas otras expediciones á provincias, cuyo secreto está al alcance de todas las inteligencias, ya que no al de todas las fortunas.

¡Ah! Si yo tuviera con la regencia alguna confianza, le suplicaría con verdadero interés que no vacilase en devolver á Oscar II la visita, para darnos esta sana lección á los adversarios de las instituciones.

—*Allez, un bon mouvement!*—añadiría yo en francés para mayor claridad, y aun para mayor elegancia.

Pero las monarquías que se gastan por

nuestros climas son como el perro viejo de la fábula

en esto de no seguir
del enemigo el consejo,

y es de sospechar que las personas en quien encarna hoy el régimen vigente, no se muestren muy dispuestas á seguir las honestas y leales recomendaciones que se contienen en las presentes líneas.

Devuélvase ó no la visita al rey de Suecia—que no se le devolverá, voluntariamente al menos—debemos congratularnos por la estancia de Oscar II en Madrid los aficionados á espectáculos raros y curiosos.

Su Majestad, como el barón Gondremark de *La vie parisienne*, había salido de Stokolmo resuelto á

*s'en fourrer
jusque-là,
jusque-là,*

como canta el sueco de Offenbach, y no soñaba, al venir á Madrid, más que con ver á *Lagartijo*...—Este deseo, con ser tan sencillo, no se le ha cumplido al soberano del Norte. Nosotros, más afortunados, le hemos visto á él, y somos felices.

¿Por qué?

Porque hemos visto de cerca, en carne y

hueso, la prueba personal, auténtica y evidente, de la formidable "mistificación,"—del enorme *infundio*, hablando el novísimo lenguaje—que encierra lo que se ha dado en denominar legitimidad monárquica, y la prueba también, no menos visible y palpable, de que la llamada "gracia de Dios, no es otra cosa que la gracia del éxito, fuente verdadera de todos los poderes constituidos por la fuerza, la sorpresa ó el azar.

Todos conocemos con perfecta exactitud—como escribe Max Nordau—los destinos primeros y ulteriores de las casas reinantes en Europa.

Por eso, dudando de que la casa real de Borbón, la más antigua y sagrada de Europa, haya tenido por fundador un gran propietario rural, llamado Hugo Capeto, suponemos con hartos más motivos que debió su origen á Roberto el Fuerte, el cual desempeñaba el oficio de cortador en una carnicería de París.

Y por eso, recordamos también que los Hapsburgos—de los cuales ni una gota de sangre corre ya por las venas de la familia imperante en Austria—son



los descendientes de un pobre hidalgo franco, especie de espadachín pagado ó corchete puesto al servicio de diferentes señores.

Pero estos orígenes nada elevados de los Borbones y los Hapsburgos, como los de los Romanoff, Hohenzollern y *tutti quanti*, son muy añejos, mien-

tras los de la casa real de Suecia, igualmente vulgares, están vivitos y coleando...—Oscar II es el nieto de aquel Bernadotte, soldado de la revolución, á quien Bonaparte premió con una corona su perjurio á la República, como los reyes aliados le premiaron después su traición á Bonaparte, sosteniéndole en el trono que debía al capricho napoleónico.

No me da por el providencialismo en la historia; pero ¿quién no se ve tentado á aceptar íntegras las teorías de Laurent?

El célebre profesor de la Universidad de Gante debía de



contemplar con verdadero *dilettantismo* la consolidación de un capricho imperial, permitida por las leyes providenciales de la Historia para demostrar á los humanos, entre la ruina de tantos poderes tradicionales y de tantas empresas políticas, cómo se forman las dinastías, cómo se asegura el poder monárquico, y cómo los reyes de antigua raza—ó de antigua ralea—admiten sin la menor dificultad la validez de los títulos de los reyes advenedizos, reconociéndoles sin el menor escrúpulo derechos iguales á sus propios derechos.

Por obra y gracia del propio *dilettantismo*, somos felices á la hora de ahora los vecinos de Madrid, á quien "cabe la honra," de ver de cerca, en carne y hueso, la auténtica y verdadera personificación del principio monárquico, sin los espejismos del lejano abolengo ni las falacias de la leyenda.

Ya sé yo—¡si conoceré á mis cofrades!—que no faltarán lamentos en algún periódico monárquico acerca de la poca consideración con que se trata á un ilustre, á un noble, á un augusto huésped... Sé que es augusto, noble é ilustre; pero sobre todo esto es un hombre culto é ilustrado, que escribe allá en Suecia como cualquiera de nuestros académicos y traduce allá en Noruega como cualquiera de nuestros autores dramáticos.

Oscar II, con todo y con titularse rey de los godos y los vándalos, como un personaje de Wagner, es un colega nuestro, y en calidad de tal, sabrá dispensarme si le he tratado *trop cavalièrement*...— Considere no más que si su abuelo no hubiera salido de Pau, él no pasaría á estas fechas de ser un "distinguido escritor," del departamento de los Bajos Pirineos. ¡Tal vez sería un vulgar entusiasta de Boulanger, activo corresponsal de *La Cocarde!*

En cambio, el que esto escribe podría formar parte de la familia real de Suecia, y aun ser su jefe, si hubieran caído bien las pesas; porque es el caso que el bisabuelo materno del infrascrito fué compañero de armas de Bernadotte, y de la misma modestísima posición social, y hasta de la propia vecindad, si no mienten mis informes.

Cámbiense los frenos; truéquense los anteojos de la suerte, y cátenme ustedes—para mayor lustre y esplendor del principio monárquico—ejerciendo de Mariano de Suecia, en tanto que la firma de Oscar Bernadotte reemplazaba aquí, ó en otra parte, la de

MARIANO DE CÁVIA

Mayo de 1888.

